SAN ANTONIO MARÍA PUCCI, del latín, Antonius, nombre de una gens romana de probable origen etrusco y del hebreo Miryam, cuyo significado y etimología son «señora», «soberana» (1819-1892). Presbítero de la Orden de los Siervos de María. Hijo de humildes campesinos y bautizado con el nombre de Eustaquio, nació en Poggiole, Italia. La escasez de recursos económicos le impidió recibir educación formal; sin embargo, su anhelo de superación le llevó a intercambiar sus servicios de monaguillo por lecciones donde aprendió a leer y escribir, cultura general, el catecismo y el latín. Pese a la oposición paterna, ingresó a la Orden de los Siervos de María (servitas) de Florencia en 1837. Fue ordenado sacerdote en 1843 en el convento de la Anunciación, donde adoptó el nombre de Antonio María. Se dispuso que fuera a servir en Viareggio, en la Toscana. Después se le nombró párroco de la iglesia de san Andrés, cargo que ostentará por cuarenta y cinco años. Se esforzó por organizar su parroquia y la catequesis, creando para los jóvenes la Compañía de san Luís, a quienes recomendaba que: «buscaran un buen amigo y huyeran de los tristes». Emprendió obras de caridad y beneficio social; atendió con paciencia, sabiduría y comprensión a su feligresía y tuvo una especial dedicación a los enfermos y desvalidos, para quienes organizó la Cofradía de la Misericordia y la Conferencia de San Vicente. Incorporó al apostolado parroquial a grupos seglares, masculinos y femeninos. Su afán propició que sus parroquianos le conocieran como il Curantino santo (el Pequeño Cura santo). Fundó un hogar para ancianos y otro para niños. Ante la grave situación enfrentada por la Iglesia italiana, formó la Pía Unión de los hijos de San José. Durante una epidemia que asoló a la población se le vio visitar los hogares de los infectados de día y de noche, no importando las condiciones climatológicas, incontables veces y sin descanso, con lo cual se agrandó el respeto, cariño y admiración del pueblo, que le llamó: «Padre de los pobres». Fue elegido superior de su Orden y, más tarde, provincial. Durante su existencia experimentó éxtasis y le fue concedido el don de taumaturgia. Falleció en Viareggio. Fue canonizado por san Juan XXIII (11 de octubre; 1958-1963) en 1962. En su Sermón Amor a Dios, amor al prójimo, expresa: «Amor a Dios, amor al prójimo: ésta es la plena perfección cristiana; en este doble precepto se incluye todo lo que ha de hacer un cristiano para conseguir la vida eterna».

Otros Santos: Arcadio de Mauritania, mártir; Margarita de Montreal, virgen fundadora.